

---

## Filosofía y enseñanza de la filosofía

---

Emilio Pauselli<sup>1</sup>, marzo del 2010

---

*La vida misma nos recompensa de nuestra voluntad tenaz hacia la vida [ ].*

*En trueque, nos da ella la más grande ofrenda que nos puede dar:  
nos devuelve “nuestra tarea” ...*

**Friedrich Nietzsche, *Humano, demasiado humano***

La enseñanza de la filosofía ¿implica hacer filosofía o sólo transmitir el pensamiento que otros han expresado? Es tradición conocida la falta de demanda de creatividad en la enseñanza de la filosofía. Mientras que la reflexión filosófica consiste justamente en aportar una visión original, la enseñanza de la filosofía parece hasta requerir el mérito contrario: nada de interpretaciones libres y mucha rigurosidad en la transmisión de lo pensado por el autor, en el mejor de los casos haciendo mención a distintas interpretaciones canónicas si las hubiera. Resumiendo, como replicaba aquel profesor a los alumnos que iniciaban la respuesta a su pregunta con la expresión ‘yo pienso que...’: “Mire, lo que usted piensa, aquí, no le interesa a nadie” –mientras recorría con mirada expresiva a la clase- “así que límitese a decir lo que pensó el autor”.

Claro que sin llegar al extremo de desconocer que al hablar de un autor uno está recreando en su propio pensamiento lo que interpreta del de aquel, es evidente que no se puede volver a postular que “aunque todo nuestro conocimiento empiece con la experiencia, no por eso procede todo él de la experiencia”<sup>i</sup> o que “el hombre es una cuerda tendida entre el animal y el superhombre”<sup>ii</sup>. Se pueden glosar dichos conceptos, agregar el contexto intelectual y cultural en el que han sido producidos, relacionarlos con pensamientos anteriores y posteriores en el curso de la historia de la filosofía, postular interpretaciones útiles en el mundo actual, pero no se pueden plantear como argumentos originales. Al enseñar lo que esos conceptos parecen decir estaríamos enseñando filosofía y no haciendo filosofía.

Por el contrario, cuando incorporamos al mundo de las ideas a través del discurso filosófico un enfoque o propuesta inédita, estaríamos propiamente filosofando. En clave de Bergson, estaríamos intentando compartir nuestra intuición filosófica del mundo<sup>iii</sup>.

Pero, vamos por partes. Estamos haciendo un uso ingenuo –aprovechándonos de la buena fe del lector- de dos conceptos nada sencillos, como son ‘originalidad’ y ‘transmisión’. Cada uno de ellos amerita de por sí una reflexión que está fuera de nuestro alcance efectuar, al menos en este artículo. Sólo queremos indicar algunos conflictos que dichos conceptos generan o, más propiamente, preguntas que se pueden formular al momento de utilizarlos como parte de un argumento.

Originalidad, creatividad, aquí utilizados como sinónimos, contienen como elemento fuerte la idea de ‘primera vez’. No podemos desconocer que muchas personas a través de determinados

---

<sup>1</sup> Coordinador del ciclo *Mates Filosóficos* desde el 1999 hasta la actualidad.

recorridos mentales llegan a conclusiones ya descritas. La inmensa mayoría de esas personas ha obtenido esos resultados a través de su reflexión, siguiendo sus propios caminos, desconociendo los antecedentes ilustres que exhiben en la historia del pensamiento. No es tan obvio si se puede afirmar que esos modos de pensamiento han sido habilitados por su formulación previa. Quizás nuestra creencia actual de que la tierra gira alrededor del sol –tan contraria, dicho sea de paso, a la información de nuestros sentidos- sea resultado de una operación de ese tipo, de internalización de discursos previamente producidos. Pero no parece tan evidente, por ejemplo, que la tendencia actual de reintegrar nuestra existencia a la del conjunto de la naturaleza sea el resultado de la mayor complejidad genética de la arveja respecto de la del hombre.

En todo caso vamos a reservar la idea de que algo es original cuando aparece por primera vez y no vamos a considerar así a otras formulaciones idénticas posteriores en el tiempo histórico, o sea, conocido. Es el caso de muchos descubrimientos bastante simultáneos en las ciencias cuando el mundo no estaba tan interconectado como ahora. Y el carácter de ‘primera vez’ estará determinado a su vez por la práctica de registro de los eventos intelectuales que disponemos en cada época, con todas las imprecisiones que ello implica, incluidas las distorsiones provocadas por el atravesamiento que el poder establece sobre qué pensamientos se conservarán y cuales seguirán una vida subterránea o simplemente desaparecerán.

Señalemos que lo aquí dicho es más o menos pertinente para el contexto de producción de las ideas. Pero cuando el docente está frente a su auditorio, en muchos casos, aunque esté informando de pensamientos ya desarrollados, también está produciendo una

‘primera vez’. Que el pensamiento que ilustra y comparte sea conocido para él no indica que así lo sea para sus oyentes. Muchos de ellos escucharán con asombro que “llegamos a filosofar a partir del asombro”<sup>iv</sup>, y se asombrarán aun más al descubrir que ese sentimiento ya anidaba en su corazón mucho antes de interesarse por la filosofía. En los casos más arriesgados –y la filosofía debería ser una profesión de riesgo- el docente, como un nuevo oráculo de Delfos, reservará para el filósofo el lugar de la pitonisa.

Esta ambigüedad sobre lo que es original nos lleva al tema de la transmisión de las ideas. Esta parece ser común a ambas prácticas, tanto la de la producción filosófica como la de la enseñanza de la filosofía. El filósofo estaría transmitiendo algo original, que él ha expresado por primera vez, mientras que el docente estaría informando de ese pensamiento.

Pero a poco de reflexionar, no es tan evidente cómo saber qué componente de originalidad acompaña al pensamiento de un filósofo. Con seguridad, en un sentido, todo pensamiento es una producción social que en esta época adopta la forma de producto de un autor. Si bien no corresponde hablar de una producción intelectual colectiva -la misma requeriría de determinados dispositivos de la cultura hoy no disponibles ya que la socialización moderna se realiza sobre la reciente creación del individuo- algo de eso se produce inevitablemente. Hume no escribe para despertar a Kant de su sueño dogmático, pero lo despierta.

Y aquí estamos rozando una situación de circularidad difícil de evitar. El pensamiento original hace que reconozcamos a alguien como filósofo que, por lo tanto, queda incorporado a la historia de las ideas como quien aportó un pensamiento original.

Finalmente, decíamos que el filósofo comparte su pensamiento. La transmisión es posible porque esa producción está pensada para compartir, ese aspecto es constitutivo de la actividad filosófica reconocida como tal. No sabemos qué perspectivas profundas hayan sido pensadas por personas que nunca las compartieron, sólo podemos interpretar ideas que hayan sido producidas con el propósito de ser conocidas por otros.

Y bien mirado, el docente también hace de su oficio el compartir ideas. De otra manera sería un lector de filosofía, pero su actividad también está determinada constitutivamente por el compartir. Claro que mientras el filósofo comparte algo que ha nacido en su interior, el enseñante de filosofía estaría compartiendo algo que ha nacido en el interior de otras personas, corrientes de pensamiento o épocas.

Transmitir, compartir, con sus resonancias propias, hacen a la existencia de la actividad filosófica desde lo que para nosotros constituye sus orígenes conocidos.

### **¿Qué enseñamos cuando enseñamos filosofía?**

Una respuesta histórica debería indicar que, cuando enseñamos filosofía, lo que en verdad enseñamos es historia de la filosofía. Una respuesta más seria podría presentar otras posibilidades<sup>v</sup>.

Vamos por la primera: gran parte de la enseñanza de la filosofía -tanto en institutos superiores como medios y en prácticas no escolarizadas- pasa por el conocimiento del pensamiento de los autores. El abordaje de aspectos sistemáticos considerados como áreas o especializaciones de la filosofía también termina

encontrando su fuente de autoridad en los escritos de los filósofos. De esta manera, la enseñanza de la filosofía refuerza el concepto de 'autoridad', de fuente. La fuente determina el campo y viceversa, es un fenómeno que se realimenta: una vez reconocidas a ciertas fuentes su pertenencia al campo, su producción origina nuevas reglas de reconocimiento.

Pero no es la única posibilidad. La enseñanza de la filosofía también podría enfocarse en prescribir las condiciones de producción de un discurso para que este pertenezca propiamente al campo disciplinar o al género literario –como quiera entenderse- de la filosofía. Indudablemente tampoco este enfoque consistiría en hacer filosofía, como un curso sobre la escritura poética no consiste en escribir poesía o un curso sobre producción de electricidad a partir de la energía atómica no consiste en construir una central nuclear.

Pero este último enfoque quizás acercaría más la actividad de enseñar filosofía a la actividad de filosofar. El objeto de enseñanza no sería ya el mandato que devendría del *imperativo categórico* sino las condiciones que hacen de la *Crítica de la Razón Práctica* una obra clasificable dentro del campo de la filosofía, o no. Claro que esta es una actividad de mucho mayor riesgo, nuestros educandos podrían comenzar a discriminar qué aspectos de esa producción consideran propiamente filosóficos y cuáles no. Podrían comenzar a recorrer el arduo camino de saber cómo pensarían ellos mismos sobre esas cuestiones respetando los cánones de la disciplina y ahorrarse el arduo camino de creer lo que se les dice y repetirlo en los exámenes.

Es necesario aclarar que sería muy difícil alcanzar unanimidad, aun relativa, sobre cuáles sean los cánones de la

disciplina ya que en el propio ejercicio autorizado de la misma coexisten diversas opiniones. Pero la desesperanza no es completa. Algo nos permite identificar a Borges como un literato, más allá del profundo contenido filosófico de muchas de sus obras. Existen unas condiciones de producción de discurso, tanto en sus motivos como en su concreción, que nos permite hacer tales diferencias.

Ya no es tan fácil saber por qué Aristóteles es filósofo y Alcídama sofista. El primero afirma, por ejemplo, que “el esclavo es una herramienta animada” mientras que el segundo indica que “la naturaleza no ha hecho a nadie esclavo”. Claramente no es el contenido de verdad de sus afirmaciones lo que determina su clasificación. Hay otras notables diferencias en su producción que han contribuido a afirmar esa tradición, pero el núcleo realmente filosófico del tema tiene que ver con las determinaciones que la producen. Y a la comprensión de las mismas no se arriba con el conocimiento del pensamiento de cada uno de los autores, hace falta otro punto de vista que provisionalmente llamaremos filosófico.

En nuestra breve participación en la enseñanza académica de la filosofía nos tocó llamar la atención a estudiantes de filosofía sobre el significado de definir la pertenencia de una extensa lista de filósofos a la ‘filosofía moderna’. Resultó un interesante trabajo reflexionar sobre que dicha pertenencia era desconocida para esos autores y que, en verdad, era una clasificación construida con posterioridad a partir de la interpretación de ciertos aspectos de su pensamiento. ¿Qué impediría que nuevos criterios indicaran que esa clasificación, habiendo resaltado aspectos notables de su producción, haya ocultado otros de mayor relevancia aun que impide de todo punto de vista agruparlos? A esa actividad crítica que reivindica una

relación creativa con la fuente también la llamaremos, provisoriamente, filosofía.

Permítasenos una breve digresión antes de retomar nuestro tema. Los saberes académicamente normalizados conllevan el nombre de “disciplinas”. A confesión de parte relevo de pruebas, dice el adagio de origen judicial. Nadie puede llamarse a engaño de cuál es el propósito de los saberes así organizados. ¿Qué es lo que se proponen disciplinar las disciplinas?: las percepciones humanas. De esta manera, una realidad multifacética que en cada momento no es más –ni menos– que una reconstrucción posible, queda cada vez más sujeta a una versión canónica que, dicho sea de paso, hace crisis regularmente sin que de ello saquemos conclusiones alentadoras. La postulación del pluralismo teórico<sup>vi</sup> como valor no ha tenido mayor trascendencia en el saber institucionalizado.

Pero las disciplinas no son ingenuas, han desarrollado un dispositivo de poder que les permite tener el control de la reproducción del discurso, dando licencia para enseñar y licencia para pensar. ¿Cómo recuperar el derecho a pensar para todas las personas?, ¿cuál es el estatus del pensamiento del desocupado, del excluido, del que presenta bajos niveles de escolaridad formal?, ¿cuál el valor de lo que piensan los niños y los locos?, y ¿cuál la posibilidad de pensar que resigna el que no está en ninguna de las categorías anteriores para seguir siendo reconocido?, ¿por qué la sola pertenencia a la humanidad no habilita para tal fin?

## **Recuperando el derecho de filosofar**

No peharemos por los nombres. Cedemos desde ya el nombre de filosofía, de filósofo y de enseñante de filosofía. Nos

reservamos el derecho de compartir con otros seres humanos una actividad de producción de discurso basado en argumentos, donde cada supuesto identificado puede ser perseguido hasta que declare su verdad o abandonado en caso de que no logre hacerlo.

Es el caso que para realizar tal actividad son especialmente útiles los textos de los considerados por la disciplina como filósofos. Casualidad o sugestión, esa coincidencia crea la ilusión de que ese tipo de actividad reflexiva tiene algo que ver con la filosofía.

En sociedades disciplinadas a través del control de la circulación del discurso –como creía Foucault que era la sociedad contemporánea- la palabra autorizada esta definida por el cruce del saber reconocido con el poder efectivo. Ese funcionamiento disciplinar también ha llegado a la filosofía. La contracara del discurso autorizado es el retiro de la palabra valiosa al resto de los seres humanos y la imposibilidad de estos de recuperarla. Es el mismo mecanismo que concentra en una minoría el acceso a los bienes de la cultura de manera obscena. Es también el del llamado “pensamiento único” fielmente reproducido aun en los ámbitos donde es criticado.

No sé si es posible que la enseñanza institucionalizada de la filosofía permita, en parte, la recuperación de la palabra. De alguna manera la estructura institucional que la sostiene y las distorsiones epistemológicas que su transmisión genera quizás hagan exagerada esa tarea. Pero es un terreno limítrofe, quizás en algunos casos se pueda hacer el intento<sup>vii</sup>.

La enseñanza de la filosofía -a los que quieren hacer de ella su actividad profesional- quizás compense a sus participantes dotándolos de unas herramientas de análisis que, si lo quisieran, les permitiría revisar críticamente su actividad. Aquí nos estamos

refiriendo más bien a la enseñanza de la filosofía orientada a aquellos que no se dedicarán académicamente a la disciplina. Esto incluye a población joven que asiste a la escuela media, a adultos que encuentran contenidos filosóficos participando de tramos compensatorios en la educación de adultos y a personas que tienen la inquietud de transitar el camino de la reflexión filosófica como parte de sus estrategias de comprensión, aceptación y modificación de su acción en el mundo.

La enseñanza de la filosofía para estos fines es mezquina tal cual la practicamos ahora, como enseñanza de la historia de la filosofía. Cumplimos acabadamente la falsa promesa de Comenio de “enseñar todo a todos”, sabiendo que ese todo no es igual para todos.

En los últimos diez años hemos coordinado un ciclo llamado *Mates Filosóficos*. Es, desde nuestro deseo, un intento de recuperar la palabra. La necesidad de autorización para hablar ha hecho que las opiniones autorizadas sean patrimonio de muy pocas personas. Sobre el divorcio los abogados, sobre los hijos los psicólogos, sobre los recursos los economistas, sobre la educación los pedagogos, y ni siquiera todos, sino una minoría de ellos ubicados en la intersección con el poder y las empresas de la información. La filosofía, como saber disciplinar, también ha seguido ese camino y reflexionar sobre el sentido de las cosas parece cosa imposible si no se ha adquirido la autorización correspondiente.

En los *Mates Filosóficos* intentamos darnos ese permiso. Leemos algunos fragmentos seleccionados que pueden permitirnos comenzar una conversación. No existe ningún requisito de escolaridad previa para participar de los mismos. Desde el punto de vista pedagógico se podría desarrollar un diseño curricular indicando qué es lo que está previsto que ocurra en términos generales en la

relación de enseñanza y aprendizaje, aunque claro está, lejos del modelo de un “iluminado” y un “sin luz” o alumno.

Es una actuación colectiva de mayéutica socrática. Imagino que vistos de afuera se nos podría identificar como serios creyentes en que el conocimiento es una manera de reminiscencia. Claro que las reminiscencias son diversas, una prueba más de que en anteriores vidas nos hemos formado opiniones distintas sobre las cosas. Es un ensayo más de cómo continuar aquel diálogo originario que en alguna caverna probablemente diría “tengo frío”, “tengo hambre”, “me enloquece tu olor”, base de la vida y por lo tanto de todo filosofar.

En estas condiciones suponemos que todo aquel que quiera darse a entender deberá explicarse y en ese intento nace la filosofía. Para algunos la filosofía anuncia, como la aurora, que vendrá el día; y para otros explica, como el crepúsculo, qué ocurrió en la jornada que ya termina. Y entre amanecer y anoecer las personas quedamos atrapadas, con todos los interrogantes a cuestas. ¿Por qué no ensayar las propias respuestas?, ¿qué peligro correría el saber si así ocurriera?

Vivimos en un modelo civilizatorio donde hay que ganarse la vida, ganarse el respeto, ganarse el afecto, ganarse... pero ¿todo eso ya hemos perdido? No perdamos también la posibilidad de elucidar nuestra existencia. Como escribió Castoriadis “elucidar es una actividad que consiste en pensar lo que hacemos y saber lo que pensamos”<sup>viii</sup>. Eso parece estar al alcance de todos los que deseen hacerlo y, quizás, los que hemos estudiado la disciplina llamada filosofía tengamos algo para aprender y para aportar en esa tarea. Por ejemplo preguntarnos: ¿qué es una tarea?, ¿por qué elucidar nuestra existencia es una tarea?, ¿quién nos dio esa tarea?

---

<sup>i</sup> Immanuel Kant, 1781. *Crítica de la razón pura*

<sup>ii</sup> Friedrich Nietzsche, 1884. *Así hablaba Zaratustra*

<sup>iii</sup> Henri Bergson, 1911. *La intuición filosófica*

<sup>iv</sup> Aristóteles. *Metafísica*

<sup>v</sup> “El historiador y el poeta no difieren por el hecho de escribir en prosa o en verso. Si las obras de Herodoto fueran versificadas en modo alguno dejarían de ser historia, tanto en prosa como en verso. Pero [el historiador y el poeta] difieren en que el uno narra lo que sucedió y el otro lo que podría suceder. Por eso la poesía es algo más filosófico y serio que la historia; la una se refiere a lo universal; la otra a lo particular. Lo universal es lo que corresponde decir o hacer a cierta clase de hombre, de modo probable o necesario”. Aristóteles. *Poética*.

<sup>vi</sup> Paul Feyerabend, 1975. *Contra el método*

<sup>vii</sup> Pauselli, 2002. *¿De qué queremos hablar cuando hablamos de la enseñanza de la filosofía?*

<sup>viii</sup> Cornelius Castoriadis, 1975. *La institución imaginaria de la sociedad*